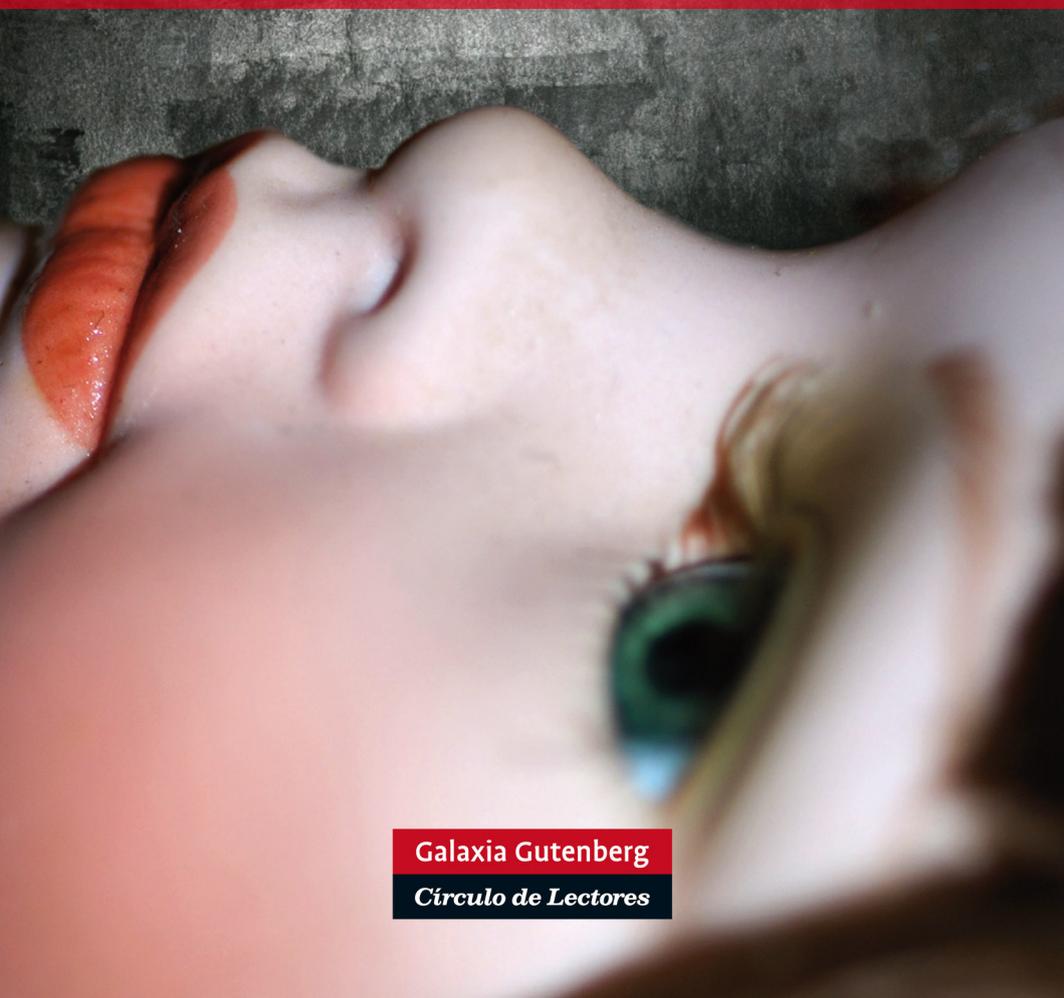


Pascal Quignard

Las escaleras de Chambord



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PASCAL QUIGNARD

Las escaleras de Chambord

Traducción de
Ascensión Cuesta

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

I

Hacia la vida.

JAN VAN EYCK

Edouard pasó por casa de su madre y le dejó una nota. Subió por la gran avenida Meir. No paraba de caer del cielo un luminoso llovizneo tenue. Entró en la magnífica estación de Amberes, llegó a París, llegó a Roma. Era mayo. El aire era suave y ligero. Comió, vio a Renata en la tienda de la via del Corso, llamó por teléfono a Pierre a París, alquiló un coche y llegó a Florencia a la una de la madrugada.

Anduvo a tientas mientras subía los escalones con precaución. Pasó por la terraza, olió el perfume a viejo jazmín aplastado y húmedo, y a frío robín; de repente le entró hambre, abrió la puerta con la llave que le había dado Francesca. Caminó con cuidado, se desnudó en la oscuridad. Se arrodilló junto a la cama, apartó la sábana. Le hablaba en voz muy baja.

—Hazme sitio. Soy yo. Te quiero.

Le retiró el pelo, la besó en la nuca, le besó el hueco de la espalda. Volvía a sentir el olor tibio de ese cuerpo que amaba y el recuerdo del sol, la sal tibia.

—¿Quién es?

—Ward.

—¿Duardo? ¿Has comido?

—¡Duerme! ¡Duerme, Francesca!

Se deslizó contra ella, arrebujo los muslos y las piernas contra el calor de su cuerpo. Ella tuvo un sobresalto. Y ella misma se acurrucó contra su cuerpo. En el extremo de la cama, el pie de Francesca resbaló para volver a tocar el firme terreno de su sueño, para recuperar las extrañas formas que lo poblaban, para reunirse de nuevo con el silencio que las inundaba, la luz, los relucientes colores, el placer que las animaba.

Luego, Edouard entreabrió los labios, los acercó al hombro de la joven, a lo alto de su brazo. Entrelazó los dedos en el cabello de Francesca y se durmió.

A las cinco estaba en pie. Dejó a Francesca en su sueño. Llamó a Nueva York, donde tenía el proyecto de adquirir una tienda. Calculó que allí eran las once de la noche. Ya no quería los cuarenta metros cuadrados junto a Houston Street ni los setenta en el Soho. Menos aún deseaba una transacción con Matteo Frire. Su voz estaba mal asentada y tembló un poco al final de la noche. Tenía frío. Preguntó si su tía, Ottilia Furfooz, había dado señales de vida. O más bien, si Ottilia Schrader había dado señales de vida. Deletreó los apellidos minuciosamente. Oyó que allí, en Nueva York, bostezaban y tenían ganas de dormir mientras consultaban unas notas. No, decía la voz. Ni una miss Ottilia, ni una miss Schrader, ni una miss Furfooz habían dado la más pequeña señal de vida. Se apoderó de él un brusco despecho. Su tía Ottilia vivía en Siracusa, en el estado de Nueva York. A finales de los años cuarenta, siendo él muy niño, ella lo había criado durante seis años en París, en la place de l'Odéon. De nuevo lo embargó la idea de que ya no lo quería. Eso le produjo congoja. Estaba pelando una naranja, y resultaba suave esa especie de feltro blanquecino bajo la cáscara roja. Entreabrió la puerta de la habitación. Acechó en la oscuridad. Francesca todavía dormía y parecía hacerlo profundamente. Se acabó la naranja en la terraza, sentado en un sillón de hierro blanco, bajo el tenue sol.

De repente, decidió pasar por el taller de Antonella. Se levantó, cogió el pequeño coche japonés –un Honda– que había alquilado. Atravesó la zona este de las afueras, antes de Pontassieve, aparcó al lado de dos surtidores de gasolina tapados siempre por la mañana con unos toldos rosa y amarillo cubiertos de rocío. Entró en un pequeño patio de veinte metros cuadrados situado más abajo que el garaje, detrás de un almacén de aceites y vinos. Antonella trabajaba sola; tenía unos treinta años, era una milanese rubia y bellísima, muy delgada, con gestos algo más que lentos. Tenía algo de doloroso, la mirada fina, los ojos marrones como las castañas –es decir, granates–, grave, detestaba hablar. La besó en las mejillas. Nunca devolvía los besos, tenía exactamente los cabellos, los mechones rubios de la mujer de belleza tan poco frecuente hallada varias veces en el quai Anatole France –una vez más,

dos días antes en la rue de Solférino— cuando salía de la Sociedad. Ella llevaba en el dedo corazón un gran anillo rojo, un anillo con cabujón de rubíes. Tenía unas manos sublimes.

Edouard miró las manos de Antonella, sus falanges sucias de manchas de pintura mal limpiadas o persistentes. Antonella tenía las uñas negras y algunas verdes. Pintaba miniaturas sobre conchas, también sobre hueveras y sobre espejos. Era de una precisión sin igual. Pintaba—dejándose, alguna que otra vez, a Córcega y a las Malvinas en el tintero— globos terrestres en huevos de zurzir de fresno o de carpe. Había aceptado trabajar para él, más que feliz por poder restaurar, en el misterio, viejos objetos sin función y sin edad, y se complacía en ello de un modo casi absoluto. El olor era insoportable. Edouard le preguntó por su hijita. Antonella no le contestó. Fue a buscar en un apartado al fondo del taller los dos juguetes mecánicos de Fernand Martin: la Institurtriz de 1888 y el Eminente Abogado de 1905. Él miraba: no se veía allí la mano de Antonella. No había hecho más que agujerear de nuevo los resortes y colgarlos en el espolón del eje. Él pensaba: «Ha cambiado las ruedecillas dentadas». Levantó la vista: ella se había vuelto a marchar.

Volvió despacio con una maravillosa muñeca de León Casimir Bur, del año 1855, cuyas manos pocos corrientes, con dedos muy separados, se habían roto. También en esto el trabajo de Antonella era de una delicadeza sin par. Esa muñeca estaría desde entonces entre las más bellas que había en el mundo: escarlata, con una mirada infinita y una compasión que no era humana.

—Es magnífico, Antonella.

Ella levantó los ojos hacia Edouard Furfooz.

—Yo, regalo—dijo ella.

—Sí.

Sacó su billetera y la puso sobre el banco. Antonella trabajaba en dos grandes bancos de carpintero. El olor a concha fría—a concha cocida, quemada y fría— subía poco a poco a la cabeza y se alojaba allí dolorosamente. Contó los billetes. Más allá de la atracción por el dinero—que Edouard Fufooz le entregaba con una liberalidad proporcional al secreto y a la exclusividad que le exigía— Antonella parecía sentir una real excitación en la realización de los trabajos que él le proponía. No hablaba. Cada vez que Edouard iba, le regalaba algo.

Volvió con un paquete envuelto en una vieja página del *Messaggero* de Roma. Lanzó un gruñido. Lentamente se lo dio. Él le sonrió. De pronto, se puso roja como el carmín de Pisa, roja como el carmín de la

cáscara de la naranja de unas horas antes. Disfrutó mirándola. Luego disfrutó abriendo ceremoniosamente el paquete.

Poco a poco Edouard sacó del papel de periódico un muñequito de chapa pintada. Lanzó un gemido de alegría. Se trataba de un Ingap de comienzos de los años treinta. Un Charlot al teléfono en chapa pintada de amarillo y azul con llave a vista. Edouard le dio cuerda al resorte. El brazo azul de Charlot, que sostenía el aparato, se movió frenéticamente con un pequeño chirrido atroz. Edouard odiaba los sonidos. Llegaba a odiar hasta la idea de música. Hizo una mueca.

—Tú —dijo ella.

—¿Soy yo?

—Tú.

La besó, le dio las liras.

Edouard, frente al Arno, estaba sentado en una silla de hierro helada. Roía como podía un almendrado mandorlato. Se bebió dos cafés. Edouard Furfooz era, a fin de cuentas, una persona devota en lo tocante a sus placeres. Le gustaban los niños, las flores cortadas, el sol, el nombre amargo de las cervezas oscuras, la ropa de abrigo, las pinturas sobre botones y los coches pequeños. Creía que existía una especie de vínculo entre las almas de los niños muy pequeños que lloran y las de los hombres en los que el temor a la muerte y el silencio ya han empezado a fijar los rasgos. Y ese exiguo puente entre esas edades y esas necesidades tan alejadas era el objeto de todas sus preocupaciones. Era como el minúsculo desecho de lo que fuera una pasión devastadora. Tenía la impresión de que la preservación o la restauración de ese milagroso puente era el único tesoro de lo que acostumbraba a llamarse destino.

Tenía dentera por el azúcar y era feliz. Hacía media hora que había dejado a Antonella. El juguete de hojalata pintada que le había regalado lo llenaba de regocijo. Cogió el pequeño coche japonés de alquiler. Tenía por delante más de una hora que debía perder. Conducía con lentitud. La luz del sol se tornaba tan blanca y viva que le molestaba en los ojos. Era mayo. Pensó que compraría unas gafas que le protegieran los ojos de la intensidad de los rayos de sol. Inmediatamente se reprochó el deseo de protegerse de la belleza del mundo. Llegó demasiado temprano a Florencia, donde debía encontrarse con Matteo Frire en su hotel. Volvió al Arno. Antes de la Biblioteca rodeó piazza Piave y aparcó frente a la tienda. Bajó los escalones, traspasó el umbral,

y cuando apenas lo hubo atravesado se encontró de nuevo en el frío, no vio nada más, volvió a entrar en una especie de noche. Se acostumbró a la oscuridad de dos grandes salas abovedadas, a la belleza de los escaparates débilmente iluminados. Francesca no se encontraba allí. No cabía duda de que había dejado la tienda a cargo de los dos vendedores: Laura y Mario. Mario tenía exactamente la edad de Edouard, cuarenta y seis años. Aparentaba quince años menos que él. Edouard se preguntó si era tan buen vendedor como Francesca aseguraba.

Edouard entró en la trastienda. Con delicadeza, colocaba sobre la mesa tres cajas de madera recién desembaladas. Contenían dos muñequitas votivas egipcias, del Imperio Medio, de seis centímetros de largo, patéticas de tanta dulzura, que reposaban en algodón. También había una miniatura en jade de Japón, de la época del emperador Murakami. Hizo un sitio para colocar su agenda y llamó a Pierre Moerentorf a París, pero en vano.

Llamó a la place du Grand-Sablon en Bruselas: Frank se encontraba ya en la tienda y contestó. Edouard le dijo que había tomado su decisión. Iría a Nueva York durante el invierno. Hasta ese momento había que hacerse con otro local. Había que montar la tienda en Nueva York con mucha rapidez. Sería la sexta. Por fin su familia lo vería claro. Iba a ser –después de Bruselas, París, Roma, Florencia y Londres– una auténtica consagración. Sería su venganza. Las risas, las «soccarronerías» de los suyos en Amberes iban a cesar.

Besó a Laura. Al marcharse de la tienda, un magnífico pelele rojo y gris, que representaba a Pinocho, atrajo su mirada. Enrojeció. La cólera se adueñó de él. Gritó:

–¿Quién ha escrito eso? ¡Quitadme eso! ¡No tenéis derecho!

Edouard señalaba con el dedo, desde el marco del escaparate, una fichita negra en la que, con letras doradas, estaba escrito, en italiano y en inglés:

PINOCHO

Mediados del siglo XIX

Farfullaba. Vociferó que a mediados del siglo XIX todavía no había ningún Pinocho en el mundo; que eso era burlarse del cliente; que era «camelar» al cliente.

La voz se le embrollaba. Estaba siendo ridículo. Mario, con enorme valor, aseguraba que Francesca era la única que redactaba las tarjetitas

del escaparate. Laura, por su parte, no prestaba interés ninguno a ese acceso de cólera más o menos ritual. Jugaba con un peinecito de plástico negro en su pelo. Se agachó y acechó su reflejo en el cristal de una vitrina que contenía juguetes de galeotes ingleses del siglo XII: mujeres rollizas, buques de tres palos esculpidos a cuchillo en avellanas, minúsculas catedrales de madera de boj o de haya de un centímetro de altura al lado de diminutos caballos de tiro del Jura sobre fondos con paisajes de Baviera o Wurtemberg. Laura se levantó, se desenredó de nuevo el peinecito que se confundía con su cabello negro y reluciente. Tenía veinte años. Era muy guapa. Llevaba una falda de lino verde agua que, en el contraluz de la tienda, parecía una falda de hada, una falda de helecho ligeramente transparente. A él le gustaban los seres de ensueño, los fantasmas, las hadas. Edouard sintió vergüenza. Su voz todavía era trémula. Le temblaban los brazos y el corazón. Salió de allí.

—¿Qué me voy a poner?

Francesca se hallaba de pie frente al armario; estaba desnuda. Se cepillaba el pelo. Se había despertado al calor de un rayo de sol que, poco a poco, le había llegado hasta el rostro. Con los dedos había intentado apartarlo. Lo que la había despertado había sido la sensación de calor en las mejillas. Se había incorporado, había visto que Edouard ya no estaba ahí. En el fondo de los oídos le resonaban aún algunos fragmentos de voz durante la noche: la voz grave y sorda de Edouard, siempre más o menos velada y tan a menudo enronquecida por el deseo o la emoción. Se dijo que amaba la gravedad de esa voz, de la misma manera que se amaba la gravedad de una falta demasiado manifiesta para poder acallarla, y porque su sensibilidad lo ponía continuamente al descubierto y lo exponía. De la misma manera en que amaba la seriedad de niño de ese hombre. Del mismo modo en que se complacía en no ahorrar el dinero del que él disponía. En cambio, su delgadez le parecía poco provechosa. Se irritaba siempre ante la imposibilidad que tenía de permanecer más de dos o tres horas en el mismo lugar. Desdeñaba la manía que él tenía de rodearse de una multitud de pequeños objetos a cual más diminuto. Se dijo que quizá no le gustasen las mujeres, que quizá no le gustasen los seres vivos. Sólo amaba los pequeños objetos mecánicos. Sólo amaba los trenes, los aviones, los coches. Sacó un traje negro. No sabía cómo gustarle. Por supuesto había dormido demasiado. No se habían amado. Él no había cenado. Ella se lo tomaba de un modo absurdo.

Un portentoso portero de quince años se encaminó hacia Edouard. Cubierto de galones y vestido de color calabaza, se acercó al pequeño Honda y abrió la portezuela. Cogió las llaves. Edouard subió los escalones y entró en el hotel, dio su nombre en recepción y se fue directamente al jardín. Se sentó al sol de mediodía, pidió un vaso de café helado, sintió que el frío del café y el cansancio iban a apoderarse de él.

Soñó con una manta de lana de castor que tuviese dos centímetros de grosor. Le parecía que la tocaba: entre sus manos desmigajaba un poco de pan.

Esperaba a Matteo Frire. Había recibido dos días antes en París el tradicional ramo: un clavel, rojo, once florecitas de espuela de caballero y nueve tulipanes blancos. Se comunicaban con flores. Dicho lenguaje, si bien antiguo, desembocaba, para consternación de los floristas, en ramos que les parecían pasmosos. Sin perder ninguno de los significados del lenguaje tradicional, esos ramos hablaban según tres códigos muy condenados: monetario, hotelero y horario. Cada tulipán significaba cinco mil dólares (la unidad a partir de cien mil dólares era la espada de los gladiolos o la espiga de los nardos). Nueve tulipanes quería decir que la transacción se situaría en torno a los cuarenta y cinco mil dólares (más o menos doscientos setenta mil francos, lo que se acercaba a medio nardo), y que lo entregado bajo cuerda giraría alrededor de cinco mil cuatrocientos dólares. Las once espuelitas de caballero indicaban la hora. Un único clavel rojo –antigua señal de llamada de los Revolucionarios de la Francia de finales del siglo XVIII– significaba, por retruécano, el nombre del hotel La France.

Ese ambiente de coleccionistas de objetos pertenecientes a la infancia era extraño, tan refinado como despiadado. El odio, la envidia, la guerra estaban como en todas partes, pero quizá un poco avivados por esa rememoración más asumida y más asidua de los primeros años de la vida. Muy especialmente las guerras entre coleccionistas de muñecas y de cochecitos. Las denuncias fiscales, los robos, los internamientos psiquiátricos, todo se daba por bueno con tal de poder apoderarse de esos pequeños imperios. Entre los clientes más complicados que Edouard Furfooz hubo conocido se encontraba Louis La Haie, un coleccionista de tragabolas de madera de 1900. Que todo el universo abriese la boca y la dejase en esa posición: tal era la pasión de Louis La Haie. Había mandado tirar los tabiques de su piso, al principio de la avenue de Breteuil, a dos metros de la place Vauban. En una pequeña galería de espejos de ciento cincuenta metros cuadrados, semejantes en

todo a unas armaduras medievales, había ciento diez, quizá ciento veinte admirables ídolos con la boca abierta o con las fauces abiertas en los que se debía lanzar una bola. Juana de Arco en rosa y blanco con la boca abierta al lado de un hipopótamo gris con el morro abierto. Napoleón Bonaparte boquiabierto al lado de un inmenso pez verde con boca abierta. Jesús de Nazaret con la boca abierta y más amarillo que rosa al lado de una inmensa libélula azul con la boca abierta, o el pico o morro u hocico; hay cosas que son difíciles de decir. Había sospechas de que Louis La Haie había matado a un hombre de negocios panameño y a un jesuita. Su mujer, al día siguiere de divorciarse, se había suicidado en circunstancias que, de modo extraordinario, habían parecido normales. Más recientemente, ya acuciándole la edad y la sordera –hacia falta gritarle al oído para que contestara– se había aficionado a unas trompetillas acústicas de cobre hechas por las propias manos de Maelzel, el innoble inventor del metrónomo, amigo de Beethoven y que, sin duda, habría merecido ser transformado en traga-bolas. Edouard temía que las colecciones de La Haie se extendiesen a la mayoría de los orificios del cuerpo humano. Como medida de precaución acababa de hacer enviar a la sede en rue de Solférino un lote de esos singulares estuches articulados de estaño del siglo XIX, que se suponía impedían toda polución nocturna masculina.

Edouard se había levantado y le hacía una señal al camarero. Frire no llegaba. Pidió que le acercaran un teléfono. Se puso en contacto con París. Acababa de llegar Pierre Moerentorf. Cuando la secretaria le hubo pasado la comunicación, oyó la voz gangosa, aguda y llena de fervor de Pierre: venía del médico (tenía una alergia bastante grave a los puentes de París, que se trataba con Rohypnol y, por pura prevención homeopática, con la ayuda de un misterioso polvo de lucio con mantequilla blanca). Prepararon algunas incursiones vikingas en el océano de los juguetes. Financiaron una venta en Sotheby's en Londres. Era el estribillo de su vida; tal era, cada día, el lancinante retornelo:

–Venta, Pierre.

–Señor, se trata de un jockey de 1880 vestido de seda roja y negra con la cabeza de porcelana; el kart es de hierro; el caballo, como todos los caballos del mundo, es de piel de cerdo.

–Hágaselo saber a Frank. Ni que decir tiene que es usted realmente para morir de la risa. Dígale a Frank que lo compre. Deje de llamarme señor.

—Una muñeca de Köppelsdorf de 1890 de Armand Marseille, con los antebrazos de bizcocho, el cuerpo de madera, las piernas de algodón como...

—... como no hay mujer en el mundo. Déjelo estar. Es usted... ¡Adiós!

Edouard colgó brutalmente: un minúsculo japonés estaba corriendo en pos de él. Le cogió los brazos. Se estrecharon. Matteo Frire era japonés, al menos de padre italiano oriundo de Ragusa y de una madre minúscula y encantadora perteneciente a la burguesía de Niihama, al oeste de la gran isla de Shikoku, su aspecto era del todo nipón. Frire era algo más que su rival. Al igual que él, era experto y revendedor, y no sólo cubría toda Asia sino también las dos Américas, Norte y Sur. Edouard Furfooz sólo reinaba en la vieja Europa. En las grutas subterráneas de Drout, en la sala ocre de Sotheby's, en la sala roja de Christie's, se desafiaban. De Matteo Frire sólo se conocía una debilidad: coleccionaba los contrapesos de cinturón. Había que oír a Matteo Frire pronunciar las palabras japonesas *netsuke katabori* o *man-ju* con el acento de Sicilia. Se trataba de pequeños monstruos o diminutos personajes de leyenda de tres a nueve centímetros de altura, esculpidos con infinita ingeniosidad en raíces, conchas o marfil. Edouard Furfooz se valía de este expediente para suavizar la rivalidad. Matteo Frire usaba las mismas armas respecto a Furfooz. Las pasiones de Edouard eran, además de las cervezas de gusto amargo y de nombres extraños, algo más ávidas y numerosas: los cochecitos de hojalata del siglo XIX y las pinturas antiguas en botones o en tapaderas de relojes o en dorsos de tabaqueras; eran sus untos. Dichos untos se acercaban al veinte por ciento de la cantidad indicada por los ramos de flores.

Almorzaron. Para gran disgusto de Edouard, Matteo Frire exigió un sitio en el jardín que estuviese en la sombra. Tomaron cabrito y habas al azúcar. Para mayor disgusto de Edouard, Matteo Frire quiso pedir una botella de vino del Lacio. Llegaron a un acuerdo en lo referente a una venta de contrapesos de Totomada y fijaron un tope de dos millones de francos respecto a una venta de Londres. Edouard se sacó del bolsillo un contrapeso erótico de Rantei, una púdica mujer por valor de treinta y seis mil francos de los de ahora, lo que para tan fascinante asunto era casi un regalo, si bien es cierto que su desgaste era extremo, y un maravilloso escriba soñador que costaba sólo dieciocho mil. Treinta y seis y dieciocho correspondía perfectamente al veinte por ciento de nueve tulipanes. Frire sacó del bolsillo una pequeña tabaquera de dos centímetros cuadrados y se la ofreció a Edouard frunciendo

los ojos. A Edouard se le iluminó la mirada. Era un Alba de Brujas –el alba del 17 de mayo de 1302 en Brujas–. Se podía apreciar el agua todavía cubierta de vaho y bruma, diez Klauwaerts con las garras del león heráldico de los condes de Flandes en el pecho, masacrando, jocosamente, al ejército de ocupación francés. A lo lejos, a la izquierda, Jacques de Châtillon huía a toda prisa.

Edouard Furfooz estaba plgado en dos, gimió de placer. Contemplaba posada en la palma de su mano la minúscula tabaquera del siglo XVIII liejés. Cerró un nuevo trato con Matteo Frire. El japonesito, haciendo mil gestos con las manos, recordaba a Edouard Furfooz las circunstancias de su primer encuentro, en Hoogstraat, Amberes, durante la inundación de 1977. Aunque Edouard desconfió: Frire no evocaba nunca el nacimiento de su amistad, en otro tiempo, en los muelles que costean el Escalda, sin tener en la mente un propósito más furtivo y lleno de inminentes peligros. Matteo Frire rememoraba la impresión, desastrosa y grandilocuente a la vez, que le había causado el palacete de los padres de Edouard –que era un falso 1590, de un 1590 que correspondía a un 1880– de la Korte Gasthuisstraat; el comedor de catorce sillas rojas, los nueve hijos reunidos, la madre lejana, majestuosa, muy bella y afable, y sobre todo el ruido de los suelos de madera que crujían bruscamente por encima de las cabezas y sobresaltaban el corazón. Edouard Furfooz apenas escuchaba. Fueron a avisar a Matteo Frire de que lo esperaban en la recepción. Este último se levantó, se disculpó doblándose en dos cinco o seis veces. Edouard se levantó y le tendió la mano.

–¿No le parece que hace frío?

Pero Matteo Frire se marchaba haciendo grandes aspavientos con los brazos, con grandes abrazos sudamericanos seguidos de bruscas sacudidas de cabeza hacia adelante y hacia atrás. Se alejó entre los pinos, de regreso al hotel.

Edouard Furfooz tenía frío. Pensó en esos abrigo tipo esclavina de lana tejida, azul oscuro, o verde muy oscuro como los llevaban los antiguos vikingos en Islandia, en Groenlandia y en Vinlandia. Restregándose los ojos con la mano, borró las excesivas reverencias de Matteo, que se adentraba en la sombra del hotel. Tuvo la repentina añoranza de los «chócala» apestados de cerveza con miel, llenos de ruido de espadas y hachas, de los antiguos escandinavos para cerrar un trato,

ejecutados con vigor delante de todo el mundo, y sancionados por la muerte si no se mantenía la palabra. Matteo Frire nunca era del todo fiable. Gesticulando, Edouard volvió a tomar un poco de vino del Lacio, pidió enseguida otro café. Miraba la tabaquera que le había regalado, se la llevó a la nariz, respiró los siglos con lentitud. La puso en la mesa, en medio de las migas, en el lugar de la taza de café que el camarero se acababa de llevar.

Como cada día de su vida, más o menos cada dos o tres horas tenía frío, se aburría. Era inútil que Edouard Furfooz ocupase y archiocupase sus jornadas, continuamente no tenía nada que hacer. De nada le servía desplazarse sin cesar, día tras día, pues no arribaba a ningún sitio. ¿Dónde se hallaba? ¿Dónde se hallaba el margraviato de Amberes y dónde el gran ducado de Toscana y las antiguas lanas de Flandes que, en otro tiempo, se ponían en remojo en el Amo? Pensó en Francesca, con quien debía reunirse a las cuatro. Al tiempo que miraba su Brujas saqueada entre las migas, se decía absurdamente: «¡Florenzia, cabeza de partido del departamento francés del Arno!» y acumulaba los restos de pan alrededor de la miniatura a modo de minúscula muralla. Los franceses habían saqueado Florenzia de igual forma que los franceses habían saqueado Amberes. Saqueadores, o más bien seres que seleccionaban y colocaban en ristra viejos tesoros, eso eran los coleccionistas. Eran piratas raídos que sustraían cosas al desgaste. Eran, de repente, llaves sin puertas, faldas sin cuerpo, espadas sin cadáveres, relojes parados. Eran monedas que ya no compraban nada en el universo. Eran juguetes sin niños.

Derribó con el dedo la pequeña Alba de Brujas de olor incierto y destripó la indestructible muralla de migajas. Y pensaba que cuanto más deteriorados estuvieran por el paso del tiempo esos objetos saqueados y trasladados de lugar en lugar, menos eran objeto de restauración. Y eran como su corazón. Y cuanto menos uso tenían, más aumentaba su valor de mercado. Todo esto llevaba el sello de la demencia. Se pasaba la vida envolviendo con tiras de guata o de tarlatán a divinidades que habían perdido sentido. Y cuanto menos se percibía su sentido, más se exhibían. Se colocaban en los escaparates. Se blindaban esos escaparates. Era el botín del pasado. Eran los tesoros del tiempo. De repente, el clarín sonaba. Al enemigo le correspondía el honor de la primera salva. Los campos de batalla llevaban los nombres de Christie's, Drout, Sotheby's. Pero existían frentes más secretos, guerras más crueles, segundos mercados tras los primeros, y casi terceros

mercados infestados de trampas y poblados de voces ahogadas y de bruñidas máscaras: otros tantos imperios que querían conservar el anonimato, el silencio, el prestigio de príncipe o divino, la noche sagrada que los había envuelto en otro tiempo. Los gobiernos efectuaban *razzias*, hacían prelaciones. Los dictadores militares o religiosos cerraban con candado los flancos de las montañas o los sótanos de los edificios más elevados. También había diplomáticos, «eminencias grises» tan astutas que podían ser grises, que negociaban en la sombra, que manipulaban el rumbo de los combates y que se enriquecían con las migajas de esos detritus del tiempo o de esas secuelas de los sueños de los muertos. Edouard Furfooz era uno de ellos. Era un capitán de corbeta que cubría el norte de Europa, dedicado a todo aquello que hubieran poseído manecitas de niños convertidos en cadáveres.

Veía manos. Manos cubiertas de joyas. Manos temblorosas. Las manchadas manos de Antonella tendiéndole el Ingap envuelto en el *Messaggero*. Su hermana Amanda le había contado que cuando tenía tres o cuatro años decía que quería ser diamantista. Amberes, Antwerpen, significaba la mano del gigante cortada por obra de la mano de Brabo, «antwerpen» era la mano del dios Tiro arrojada ensangrentada al Escalda ornada con los más bellos diamantes de las cortes del antiguo mundo. Dos días antes, había vislumbrado en el quai Anatole-France una maravillosa mano, y en un dedo de esa mano un cabujón de rubíes, de color único y resplandeciente, por encima de un traje de seda color arena. Soñó con la Pelikaanstraat. Rompía obstinadamente las migajas entre sus dedos. Hacía con ellas una especie de arena blanca. Imaginaba ser un diamantista, con el ojo pegado al microscopio examinando las piedras en las oficinas modernistas de la Schupstraat. Y, bajo la lente, examinaba un cabujón de rubíes.

Inspeccionaba la mesa, el Alba de Brujas entre los escombros de la muralla que había caído allende el sueño o la muerte, al lado del pedúnculo de cereza. Se encontraba en una tiendecita de madera en el pueblo de Eyck. Mojaba un pincel de dos pelos en una salserilla en bermellón u oro. Realzaba un retablo, un libro de horas, una Vanidad sublime. Por ejemplo, una Vanidad de veinte centímetros cuadrados con una taza de café, un cráneo muerto, un pedúnculo de cereza, y una mano cortada sujetando un jersey caliente de verdad, extremadamente caliente, angora, tan suave como la piel de un gato o el vientre de un niño.

Tiritó. Se levantó. Corrió la mesa hacia un rayo de sol. No había ciudad más siniestra que Eyck-sur-Meuse. No se sentía de ninguna

ciudad, de ningún continente, de ningún lugar que no fuese el mar y el viento y el miedo.

No más parisino que londinense, romano, neoyorquino o amberino. El Estado belga sólo existía desde 1830. Quitando unas migajas de tiempo, el Estado belga no existía. Las ciudades no estaban en ningún sitio; eran taponcitos de corcho, flotaban en la inmensidad del vacío, habían sido arrojados al océano por la mano del dios Tiro, en un tiempo muy antiguo y frío, en los albores del paleolítico. En aquel entonces el mar del Norte todavía sepultaba a Flandes. En aquel entonces los glaciares escandinavos cubrían la Bélgica septentrional. Con la manera de ver las cosas propia del coleccionista de antigüedades, tenía la sensación de que lo recordaba.

Pero esto era en lo que se sentía más cercano al país del que era oriundo. Patricio brutal y mudo en su vestimenta verde y negra, hijo de arrogantes hanseáticos que pretendían remontarse a la época de los Salviati y los Fugge –aunque sus abuelos paternos estuviesen emparentados con un linaje de hilanderos de Gante con los pulmones obstruidos por la masilia y, luego, poco a poco, por el cigarro–, Edouard Furfooz no podía imaginarse en otro punto del globo que no fuese esa mano arcaica, ese Antwerpen ensangrentado y arrojado al frío mar. Hubo unos hombres que andaban errantes, que se alimentaban de hienas, de mamuts y de osos. Esquilaban con huesos la lana sobre la piel de los animales vivos, que aullaban; esa lana que había sido el origen de la fortuna de los Furfooz. Se resguardaban en grutas llenas de humo semejantes a las que él había visitado a menudo de niño, con sus tres hermanos y sus cinco hermanas, el domingo, en otoño, en la región de Namur. En otro tiempo, él había sido uno de aquellos hombres. Él mismo había vivido allí, en la pegajosa y fría humedad. Daría a cortar su propia mano a poco que se le exigiese apostar por la nitidez de su memoria. Conocía con tanta erudición como la desplegada ante las tapaderas de tabaquera las paredes de las grutas pardas y azules del Mosa y el Lesse. Los Van Eyck del neolítico hacían las primeras miniaturas en sílex. Esculpían ídolos representando a mujeres en el marfil de los mamuts. Grababan pequeños junquillos sobre los cuernos de un reno muerto. Después, había sido el fin. Braquicéfalos morenos o rubios habían llegado a Renania y habían edificado ciudades lacustres: era ya la extrema decadencia. Edouard no sentía ninguna admiración por los menhires de Verlaine-sur-Sambre. Eran demasiado grandes.

El mismo nombre que él tenía hacía recordar esas grutas fluviales en las que los cazadores –o los que pescaban en el Lesse– esculpían *netsuke* de marfil y anzuelos de cuerno. Furfooz es el nombre de una escarpadura rocosa al pie de la cual transcurre el Lesse. Los últimos belgo-romanos, a las órdenes de Decimus Avitius, bajo el emperador Juliano, iban a refugiarse en lo alto de Furfooz, en un refugio fortificado, parecido al de Eprave, encima del Lomme, durante las primeras incursiones de las bandas francas.

El camarero traía la taza de café que había pedido y Edouard Furfooz se levantó. Fue a buscar su abrigo verde de lana, se hizo un ovillo dentro de él y volvió a sentarse. Se restregó detenidamente la cara y los ojos. Borraba un mal sueño. «¡Vaya, se dijo, he llevado a buen término dos excelentes tratos con Matteo y no saco nada más que molestias y fastidios!» Bebió. El líquido negro, oloroso y amargo, estaba tibio. Aplastó el polvo de pan en el mantel. ¿Por qué se aburría tanto en las salas de los restaurantes o en los salones de su familia o en los dormitorios de las mujeres que amaba? Dentro de su cabeza, en el mismo volumen de su cuerpo, había una soledad sin nombre. Vacío que llama al vacío. Siempre a la búsqueda de algo perdido, por otro lado, en otra parte, en otro mundo, en un tiempo más antiguo. Siempre llamado a esa otra parte del mundo; teniendo siempre en él –hasta el estupor– como un nombre propio en la punta de la lengua, algo sumamente importante que había olvidado, que buscaba sin parar, sin tregua, allá donde estuviese, en todos los lugares que hubiese en el mundo y cuya carencia era en él como la culpabilidad de cada instante. Antonella tenía razón. No era más que un pequeño Charlot con el brazo febril colgado de una aparato de teléfono y la mano agarrada a una tabaquera. Se miró la mano: la tenía sujeta al brazo.

El vaso de agua traspasado por el sol, las dos cerezas casi negras, el hueso esculpido y que se había extraviado al borde del mantel, el pedúnculo que vacilaba en el extremo de la mesa; deslizó su delgada mano blanca en medio de la luz –la mano que tenía cogida al brazo, la mano crispada sobre el Alba de Brujas– y todo adquirió mayor colorido, mayor suavidad en la más rica y consistente claridad del comienzo de la tarde. Edouard Furfooz contempló esa luz que anunciaba el verano. En esa luz, la mesa deshecha era realmente un bodegón de las orillas del Mosa o de Holanda. Recogió, se escondió el Alba en el bolsillo y puso el pañuelo sobre la aurora.

Se había dado un baño. Tenía el cabello todavía húmedo y eligió un vestido azul eléctrico. Francesca tenía un aspecto extraño, duro. Sacó la percha. Se puso el vestido y se contempló con un odio intenso, desabrochó los corchetes. Dejó que el vestido azul se deslizase hasta el suelo.

Más tarde escogió un extraño conjunto, verde espinaca, de punto de lurex, se lo puso, se contempló unos segundos mientras marcaba el irresistible deseo de morder —ya fuese el reflejo, ya fuese el espejo— y se lo quitó. Se puso unos pantalones vaqueros. Con una brusca mirada atrás, a traición, intentó sorprender su espalda reflejada en el espejo. A pesar de estar sola, con voz maliciosa, áspera, musitó entre dientes que no le gustaban sus nalgas. Tenía el rostro descompuesto. Tenía el aspecto de una mujer a la que exaspera la presencia de su cuerpo.

Se volvió a quedar desnuda. Se puso una bata de franela negra justo para volvérsela a quitar, un momento, con angustia. Le hubiese gustado que Edouard estuviese allí. Él le habría dicho cómo le gustaba que fuese vestida.

Se sentó desnuda en la cama, apoyando la barbilla entre las rodillas. Lentamente le brotaban lágrimas del borde de los ojos. Hacía demasiado calor. Nieve, eso es lo que le habría gustado. Un chalet bajo la nieve, caminar por la nieve hasta el chalet, entrar en él, acercarse al hogar y a las llamas que brotan, hacer a fuego lento un «guisao» de carne de buey con una salsa a base de coñac: tal era el destino que hubiera debido corresponderle. Después, mientras miraba caer la nieve, traducir metódicamente una novela inglesa, o una novela india escrita en inglés; ponerse unos gruesos calcetines de lana sobre los que se calzaría unas botas de goma, volver de paseo o de las pistas empapada, congelada, quitarse las botas de goma ante el hogar, quitarse los calcetines de igual modo, verlos echar humo por encima del fuego, eso es lo que le hubiese gustado vivir. Hacía demasiado calor. Le habría gustado, de verdad, que hiciera frío. Le hubiese gustado comprar un pasamontañas amarillo. Comprar de una vez diez pares de guantes de todos los colores; guantes de lana elásticos. ¿Por qué nunca le habían regalado un libro de cocina?

El final del día era tan cálido. La grava crujió. Entre las persianas lo vio avanzar en la terraza. Se hizo una especie de silencio que, de pronto, visitó toda la casa. Ella imaginaba que, en la oscuridad de la casa, él debía de restregarse los ojos, recobrar una vista impotente, quitarse ese ridículo abrigo que llevaba siempre, y eso que hacía tanto calor,

discernir débilmente los objetos, las puertas y las paredes. Hasta tal punto era suya la culpa. Él iba tan poco; amaba tan poco. La puerta de la habitación se abrió. Lo vio mirarla en la penumbra. Acababa de percibir, sobre la cama, el desnudo cuerpo y las piernas recogidas. Se acercó a ella y sin acabar de verla, se arrodilló, colocó la cara sobre sus muslos. Cuchichearon.

Título de la edición original: *Les Escaliers de Chambord*
Traducción del francés: Ascensión Cuesta

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º I.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: junio 2013

© Éditions Gallimard, 1989
© de la traducción: Ascensión Cuesta, 1990
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: IMPULSO Global solutions
Depósito legal: B. 25553-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-86-5
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5448-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)